

---

MIGUEL ANTONIO VALENZUELA

01

# DIPLOMACY PAPER



## Estrategia, poder y mente

La arquitectura del conflicto en el siglo XXI

05 de febrero de 2026

# Estrategia y política como categorías permanentes

El conflicto ya no comienza cuando se dispara el primer proyectil, sino cuando se altera una percepción colectiva. En el siglo XXI, la competencia estratégica se libra en los planos institucional, tecnológico y cognitivo. La cuestión central no es solo quién posee más poder militar, sino quién articula mejor su poder y moldea el entorno donde se toman decisiones políticas. Comprender esta transformación no es un ejercicio teórico: es una necesidad política inmediata.

**L**a estrategia ha sido tradicionalmente definida como el arte de vincular medios con fines en condiciones de incertidumbre. Esta definición, aparentemente simple, contiene tres elementos esenciales: racionalidad política, limitación de recursos y contexto cambiante. Desde la teoría clásica —cuyo referente central sigue siendo Carl von Clausewitz— la guerra fue entendida como un instrumento subordinado a la política. El conflicto no era un fin en sí mismo, sino una herramienta al servicio de una voluntad política.

Esta concepción conserva plena vigencia si se la interpreta de manera dinámica. Lo que ha cambiado no es la lógica profunda de la estrategia, sino los dominios en los que opera. La competencia ya no se limita al espacio físico; se extiende al ciberespacio, al ámbito económico y, de manera creciente, al dominio cognitivo. Sin un anclaje conceptual claro, el análisis contemporáneo corre el riesgo de confundir novedad tecnológica con ruptura estructural.

Por ello, antes de examinar modelos

estratégicos o doctrinas emergentes, conviene recordar que la estrategia no es una suma de herramientas, sino una arquitectura de poder. Su coherencia depende de la capacidad de integrar política, defensa, economía y narrativa bajo un horizonte común.

## **Modelos estratégicos del Estado: centralización y dispersión**

El modo en que un Estado organiza su planificación estratégica revela su cultura de poder. Existen, a grandes rasgos, dos aproximaciones: la centralización doctrinal en un documento rector que articula intereses y prioridades nacionales, y la dispersión estratégica en múltiples marcos sectoriales que distribuyen responsabilidades.

La centralización ofrece claridad jerárquica y legibilidad internacional. Cuando un Estado formula una narrativa estratégica unificada, facilita la alineación entre política exterior, defensa y economía.



Esta coherencia vertical fortalece la previsibilidad y proyecta determinación. Sin embargo, también introduce riesgos: dependencia de ciclos políticos, posible politización de la seguridad y rigidez doctrinal frente a amenazas emergentes.

La dispersión estratégica, por su parte, favorece la especialización técnica y la gobernanza multinivel. Permite integrar actores civiles, adaptar políticas a marcos regionales y responder con mayor flexibilidad a entornos cambiantes. No obstante, puede generar fragmentación conceptual y diluir la visión de poder nacional.

La cuestión no radica en la cantidad de documentos estratégicos, sino en la existencia de una narrativa integradora del poder. Sin esa narrativa, la estrategia se convierte en administración. Con ella, incluso un sistema descentralizado puede operar con coherencia.

### **Coherencia versus flexibilidad: el dilema estructural**

Toda arquitectura estratégica enfrenta un dilema permanente: cuánto concentrar y cuánto distribuir. La coherencia otorga dirección; la flexibilidad garantiza adaptabilidad.

En entornos relativamente estables, la coherencia es ventaja. En contextos volátiles, la rigidez puede ser debilidad.

El entorno actual combina ambas dimensiones. La competencia geopolítica exige claridad en objetivos nacionales, pero la aceleración tecnológica impone ajustes continuos. Un exceso de centralización puede ralentizar la respuesta; una fragmentación excesiva puede debilitar la autoridad estratégica.

La solución no reside en un punto intermedio aritmético, sino en un equilibrio institucional. Un núcleo rector que establezca prioridades y un sistema sectorial capaz de innovar y adaptarse. La coherencia no debe confundirse con uniformidad, ni la flexibilidad con dispersión.

El dilema es estructural porque remite al concepto mismo de poder estatal: ¿es el Estado una pirámide jerárquica o una red coordinada? La respuesta estratégica probablemente sea ambas cosas a la vez.

### **De la guerra en red a la guerra cognitiva**

Si la arquitectura estratégica estatal enfrenta tensiones internas, el entorno externo se ha transformado de manera aún más profunda. La guerra en red, caracterizada por el uso de plataformas y flujos informativos para influir y desorganizar al adversario, ha evolucionado hacia una fase cualitativamente superior: la guerra cognitiva.

En este nuevo paradigma, la mente humana se convierte en dominio operativo. El objetivo ya no es simplemente difundir desinformación, sino modelar percepciones, reforzar sesgos y alterar decisiones colectivas mediante inteligencia artificial, microsegmentación y análisis conductual.

Las tecnologías emergentes amplifican vulnerabilidades inherentes a las democracias abiertas. La microsegmentación permite dirigir narrativas a audiencias específicas; los sistemas generativos automatizan campañas de influencia; los deepfakes erosionan la confianza en la evidencia visual. La verdad deja de ser un punto fijo y se transforma en un terreno disputado.

Este desplazamiento redefine la noción de soberanía. El control territorial ya no basta; la estabilidad política depende de la integridad cognitiva de la ciudadanía. Quien logra influir en la percepción colectiva obtiene ventaja estratégica sin necesidad de recurrir al conflicto armado convencional.

La guerra cognitiva no reemplaza a la guerra tradicional, pero la precede, la acompaña y, en ocasiones, la sustituye. Se trata de una ampliación del campo de batalla, no de su desaparición.

## **Implicaciones estratégicas**

La transformación del entorno estratégico tiene consecuencias directas para el poder del Estado, la gobernanza y la diplomacia.

En primer lugar, la estrategia nacional debe integrar explícitamente la dimensión cognitiva. La defensa ya no puede concebirse únicamente en términos militares. Requiere políticas de resiliencia informativa, regulación tecnológica y educación crítica.

En segundo lugar, la coherencia estratégica adquiere un valor renovado. En un entorno donde la narrativa es instrumento de poder, la fragmentación interna debilita la proyección externa. La diplomacia contemporánea opera tanto en foros institucionales como en el espacio digital global.

En tercer lugar, la gobernanza tecnológica se convierte en asunto de seguridad. La inteligencia artificial, los algoritmos y las plataformas digitales no son herramientas neutrales; son infraestructuras de poder. Su regulación define equilibrios estratégicos.

Finalmente, la ética estratégica se vuelve central. Defender sociedades abiertas frente a manipulación cognitiva sin recurrir a prácticas autoritarias constituye uno de los mayores desafíos políticos de nuestra era. La legitimidad es un recurso estratégico tan relevante como la capacidad militar.

El dilema central del siglo XXI no es tecnológico, sino político. La competencia estratégica se libra en múltiples dominios, pero su núcleo sigue siendo la articulación del poder. La coherencia estatal, la capacidad de adaptación institucional y la defensa del espacio cognitivo determinan la estabilidad de las democracias y el equilibrio internacional.

La tesis de Clausewitz no ha perdido vigencia; se ha expandido. La guerra continúa siendo política, pero la política ha ampliado sus dominios hacia la percepción, la identidad y la narrativa. El conflicto ya no es solo territorial; es epistemológico.

El desafío estratégico consiste en integrar estas dimensiones sin perder racionalidad ni legitimidad. Un Estado que no articula su poder con claridad se fragmenta; uno que no se adapta, se vuelve irrelevante; uno que descuida el dominio cognitivo, se expone a erosión interna.

La pregunta abierta no es si el conflicto continuará transformándose —eso es inevitable—, sino si las instituciones políticas serán capaces de evolucionar al mismo ritmo que las tecnologías que moldean la percepción colectiva.

**“La estrategia, hoy más que nunca, es arquitectura de poder y defensa de la mente. Quien comprenda esta doble dimensión no solo interpretará mejor el conflicto contemporáneo: estará en condiciones de influir en su desenlace.”**



**Miguel Antonio Valenzuela**

Licenciado en Relaciones Internacionales, *Magna Cum Laude*

Estratega en Seguridad y Defensa

Diplomado en Inteligencia y Contrainteligencia